

**EL GRITO DE JESÚS,
SOLIDARIO CON LAS VÍCTIMAS**

JORGE COSTADOAT, S.J.

El 13 de marzo de 2019 redacté un *tweet* anunciando que escribiríamos un libro sobre abusos y que yo colaboraría con un artículo teológico. Inmediatamente otros *twitteros* reaccionaron y me parece que el clamor de estos *tweets* debería atravesarnos el corazón para siempre...

Claro amigo, pero qué difícil es, quieren más relatos desgarrados... ¿más morbo? Para entender que esto no es teoría ni teología ni fe... esto es delito: mentir con sotana y violar, indulgencias plenarias después de confesar SU abuso y yo culpable, sin vida, un zombi por años (13 de marzo, 2019).

Soy sobreviviente y mujer trans no me sirve de nada un libro teológico no creo, quiero justicia, verdad y reparación al igual que centenares de sobrevivientes (14 de marzo, 2019).

Los teólogos sabemos de una teología negativa, a saber, de un discurso sobre lo que no-es Dios: mortal, finito, cognoscible, pasible. Pero ¿es Dios impasible? Los teólogos latinoamericanos han creído que la teología negativa tiene que ver exactamente con una pasión, la de Jesús y la de todas las víctimas inocentes: nada debiera decirse acerca del significado de la cruz a no ser que sea para evitar que los sufrimientos de las víctimas continúen ocurriendo.

Este artículo tiene por objeto esto: impedir que personas como Jesús sigan siendo, en algún sentido, crucificadas. Este texto ha sido escrito teniendo en mente a las personas que han sufrido

abusos sexuales y de conciencia por parte del clero y sus encubrimientos. En la primera parte se explicará en qué sentido puede hablarse de Cristo cómo víctima. En la segunda, se considerará la importancia que tienen las víctimas para la liberación de los seres humanos en su conjunto y para el conocimiento del Dios de Jesús.

CRISTO COMO VÍCTIMA

En el cristianismo Cristo es la víctima por excelencia. Por extensión, las demás víctimas de la vida, de la sociedad y de la historia adquieren un valor teológico. En ningún lugar del cristianismo se nos habla más de Cristo como víctima que en la liturgia. Pero, precisamente en este ámbito descubrimos que el discurso sobre la cruz, el sacrificio, la sangre, el holocausto, la redención se vuelve ambiguo a un grado de desvirtuar gravemente lo que la revelación contenida en las Sagradas Escritura afirma de Jesús como víctima¹. Por esta vía el cristianismo, no pocas veces, ha justificado de un modo indebido el sufrimiento.

En los textos litúrgicos, en las prédicas dominicales y en otras ocasiones encontramos que el tema sacrificial se acerca al de las religiones que sacrifican animales y seres humanos a Dios, olvidando que el de Jesús fue fundamentalmente un sacrificio existencial consistente en dar su vida por amor a lo largo de toda su vida². En el cristianismo, muy al contrario del mecanismo del chivo expiatorio, se revela que Dios, para reconciliar a la humanidad consigo y para restaurar a la comunidad quebrada por el pecado, no necesita que le inmolen a un ser humano. Por el contrario, Dios, en Jesús su Hijo, salva a esta humanidad adentrándose en la vida de seres humanos concretos, procurando liberarlos y sanarlos, y asumiendo incluso la posibilidad de ser asesinado para acreditar la llegada del reino de Dios. La eucaristía en virtud de la cual el ser humano agradece al Padre la vida y la muerte de Jesús es ella misma un don del amor gratuito de Cristo al Padre.

En este artículo nos alejaremos de las interpretaciones sacrificialistas de la muerte de Cristo que olvidan la historia que llevó a Jesús a la muerte y enfatizan exclusivamente la muerte del Hijo de Dios en la cruz para el perdón de los pecados. Intentaremos recuperar esta historia, pues en ella se encuentra, hasta dónde es posible hacerlo, el sentido teológico del misterio pascual que rehabilita a las víctimas. El trabajo de una *memoria passionis*, el recuerdo de la pasión de Jesús y de la pasión de las víctimas contemporáneas es indispensable. De la recuperación de estas historias depende, en el registro teológico, la rehabilitación de las víctimas y la sanación de la comunidad.

Jesús, víctima del reino

El concepto de Jesús como víctima es peligroso. No es ningún peligro que alguien no entienda el lenguaje antiguo de las plegarias eucarísticas: sacrificios, expiaciones, holocaustos, inmoluciones, ofrendas, sangre y expresiones parecidas. Este lenguaje es hoy esotérico, críptico, aleja a la gente de las iglesias y si a alguien atrae, probablemente sea a personas extrañas que andan buscando a Dios fuera de este mundo. Pero si alguna persona vincula este lenguaje a la noción de un dios que para salvar necesita que le sacrifiquen a un ser humano, ¡a su hijo!, la aplicación de esta idea en el campo de la vida cristiana puede hacer mucho daño. Si no se recupera la historia de Jesús, si no sabemos por qué lo mataron, su sacrificio se presta a malentendidos y a malos resultados.

Preocupa que muchas veces el discurso religioso en la eucaristía apenas identifica al Hijo de Dios con Jesús. En la tercera plegaria eucarística, por ejemplo, la mención de la pasión, de la cruz o del Calvario, funge de mínimo de historicidad que asegura que el Hijo de Dios se encarnó y así, encarnado, pudo morir de muerte humana. Los ministerios de su vida no parecen aportar nada. Su historia, tal como nos es relatada por los evangelios, sobra o es dada por supuesta, es secundaria. Pero ¿pudo entonces Dios encarnarse en un ser humano cualquiera con tal de morir como mueren

los hombres? Sabemos que no, de ninguna manera. El salvador es Jesús, no el Hijo de Dios sin más.

Jesús entrega su vida para que otros vivan

Para entender lo anterior es preciso tener en cuenta tres entregas o sacrificios: la entrega de Jesús al advenimiento del reino de Dios, la entrega a la muerte ejecutada por sus enemigos y el abandono de Jesús de parte de su Padre en la cruz. Solo la recuperación de la historia completa de Jesús hace inteligible, hasta donde es posible, su muerte en la cruz.

Jesús entregó su vida para que el reino de Dios llegara. Él mismo se entregó. Se sacrificó o se inmoló, no porque su auto-destrucción pudiera ser grata a su Padre, independientemente del bien que hizo a las personas que amó. El reinado de Dios que Jesús predicó y practicó como amor incondicional de Dios por todos, lo experimentó en primer lugar él mismo como hijo amado, como sujeto liberado del miedo y, voluntariamente, lo hizo extensivo sin condiciones a sus hermanos y hermanas. Es así como Jesús acogió a las víctimas de los más diversos tipos de males y otras víctimas se acercaron a él buscando liberación de sus opresiones. Jesús anunció la prevalencia del amor actual de Dios en favor de las víctimas de los demonios, de las enfermedades, del menosprecio social y de muy variadas injusticias y, por vía de estas, en favor incluso de sus victimarios. La Iglesia cree que la redención comenzó con el nazareno que consoló a los afligidos de sus dolores, que trató de aliviarlos y que los defendió de quienes pensaban que todos ellos merecían los males que padecían.

Se dice que Jesús fue entregado a la muerte por quienes lo mataron. Uno es el sacrificio voluntario de Jesús, otro el sacrificio de los que lo eliminaron. Ambos sacrificios pretendieron un bien, pero bienes muy distintos. En el primer caso, hay que entender que la vida misma de Jesús en favor de los demás, todos sus gestos y palabras de compasión fueron un sacrificio. En el segundo caso, los fariseos y saduceos, al entregarlo a los romanos quisieron salvar

la institucionalidad del Templo y de la Ley que ellos gestionaban y, por último, Pilatos, al entregarlo a la cruz, conjuró el peligro de una sublevación que habría sido indeseable para la *pax* romana. En todo caso, judíos y romanos no mataron a Jesús por ser el Hijo, sino por agitar las aguas y poner en peligro las instituciones. Jesús debió ser muy ingrato para las autoridades de Israel. El galileo cuestionaba la lógica de los sacrificios religiosos que los israelitas debían realizar en el Templo. Además, interpretaba la Ley como si él mismo la hubiera redactado. Los dirigentes del pueblo no podían tolerar que un judío cualquiera enseñara a las víctimas a cumplir con las exigencias del Templo y de la Ley con esa extraordinaria libertad.

Jesús no se concertó con los fariseos y saduceos para ser sacrificado en Jerusalén. Jesús no se entregó a la muerte para colaborar con sus asesinos, de modo de configurar juntos una víctima dolorosa que trajera la salvación del mundo. A Jesús lo mataron en contra de su voluntad, no quiso ser víctima de nada ni para nadie. Solo deseó y procuró la vida de aquellos a los cuales precisamente se les menoscababa la vida. Él hizo la voluntad de su Padre porque decidió entregar la vida por el reino. Una sociedad que necesitaba víctimas para funcionar —y qué sociedad no las necesita— no podía aceptar que alguien viniera a liberar a sus ciudadanos de la dimensión opresiva de los sistemas de convivencia tradicionales.

El modo de comportarse de Jesús ante las instituciones resultó chocante para la oficialidad. Enseñó que la Ley se cumplía con solo amar a Dios y al prójimo (Mt 22, 36-40). Sus palabras contra el Templo de Jerusalén y la expulsión de los mercaderes de sus atrios desafiaron a los sacerdotes para que entendieran que el sentido de los sacrificios era el amor gratuito. Jesús, al atacar el Templo, corazón religioso de Israel, liberaba de él a Dios a quien nadie nunca debió intentar comprar (Mc 11, 15-17). Jesús, con sus prácticas proféticas, anunció que Dios es gratis, que ningún sacrificio lo compra. Él, con su amor subversivo, conmovió los cimientos de un mundo que no pudo soportarlo. El profeta de Nazaret desestabilizó la paz de Palestina. Caifás recomendó: “Conviene que muera uno por el pueblo y no que perezca la nación” (Jn

11,50). Pilatos lo entregó a la muerte, aplicándole la peor de las penas: la crucifixión. Jesús, en suma, fue un liberador, un sanador y un reparador de las víctimas. Como consecuencia directa de esta praxis misericordiosa a lo largo de su vida, fue víctima de los sacerdotes y fariseos que consiguieron de los romanos colgarlo en una cruz. Dicho en breve, Jesús fue una víctima porque su causa fueron las víctimas.

Los Evangelios nos dicen que Jesús fue abandonado por su Padre en la cruz. ¿Cómo se entiende? Jesús no solo se entregó a sí mismo, no solo fue entregado a la muerte por sus victimarios, sino que fue entregado a la muerte por su propio Padre o, más precisamente, el Padre no hizo nada para librarlo de ella. Los evangelios dicen que antes de morir Jesús gritó a Dios (Mt 27, 50). ¿Fue este un grito desesperado? No sabemos, pero ciertamente ha sido el grito a Dios de tantas víctimas que, como él, se han sentido abandonadas por los demás e incluso por Dios mismo. ¿Puede haber algo más tremendo que no poder confiar más en la única persona en quien verdaderamente se ha podido confiar? Jesús, que en cierto sentido había hecho una apuesta en favor del Dios que escucha a las víctimas, justo cuando le tocó ser una de ellas no fue auxiliado por su Padre. Dios se ausentó. ¿No pudo hacerlo o estuvo de acuerdo con que lo mataran? ¿Necesitó que le crucificaran a su Hijo para salvar a la humanidad del pecado? ¿Se dio alguna rara complicidad entre el Padre y los crucificadores para hacer sufrir a Jesús y matarlo mediante torturas, para así cumplir la salvación? ¿Fue este el juego de las alianzas? Jesús, que corrió el riesgo de atacar a un sistema religioso que necesitaba y producía víctimas para operar, moría sin que Dios mismo acreditara el nuevo modo de relacionarse con él que Jesús encarnó, esto es, el del amor sacrificado y desinteresado por el prójimo.

En suma, Jesús no quiso su muerte más que como consecuencia última de su entrega para que los demás vivieran. Los que lo mataron no lo hicieron por esta razón, sino para salvar el sistema religioso que les hacía vivir a ellos a costa de los demás. Y el Padre de Jesús ¿por qué quiso la muerte de Jesús? Entregó a la muerte a su propio Hijo. ¿Cómo se explica algo así?

La peor de las interpretaciones de la cruz

Las interpretaciones de la cruz son peligrosas, pero entre todas las posibles, la de la interpretación de la muerte vicaria y penal de Cristo es la peor de todas.

Durante los primeros mil años predominó en la Iglesia la visión griega de la salvación que ponía énfasis en lo que Dios hace por la redención de la humanidad³. A saber, Dios, en virtud de la encarnación del Hijo, gratuitamente nos hace hijos e hijas de Dios. A partir del segundo milenio, en cambio, comenzó a importar mucho más lo que los seres humanos hacen por alcanzar su salvación. En esta visión occidental se acentuó que la redención, además de gratuita, ha de ser meritória. Así, Jesús fue visto no solo como el don gratuito de Dios a la humanidad, sino sobre todo como el hombre que se dona a Dios y, por esto, merece la salvación de la humanidad condenada a la muerte por sus pecados.

Este es el caso de san Anselmo. Por el año mil, el santo de Canterbury formuló la teología de la satisfacción⁴. Esta, en breve, postula que, puesto que es el ser humano quien debe reparar el honor de Dios herido por los pecados de la humanidad, como Dios no ha debido absolver a la humanidad sin contar con ella para hacerlo, ha sido necesario que el Hijo de Dios, Jesús, hombre y Dios al mismo tiempo, realizara una vida humana y, como inocente, muriera en la cruz. Esta explicación intenta conjugar la misericordia con la justicia de Dios. Sin embargo, en ella la salvación depende solo de la cruz. En *Cur Deus homo*, la obra en la que desarrolla esta teología, la predicación y las acciones de Jesús como expresiones del reino, no cuentan casi para nada.

La teología sucesiva, lamentablemente, no reconoció valor teológico a la vida de Jesús anterior a la cruz. Con el paso de los años se acentuó en la Iglesia la noción de salvación como pago de Cristo por los pecados. Este pago fue entendido, a su vez, como castigo infligido a Cristo en lugar de los pecadores. Los flageladores de Jesús, sin saberlo, habrían ejecutado la voluntad del Padre de Jesús descargando en él la mayor violencia posible hasta matarlo para, por una parte, cumplir con la justicia divina y, por otra,

otorgar la salvación. Bossuet, un teólogo del siglo XVII, llega a hablar de una venganza de Dios en la cruz: “Era preciso que todo fuera divino en este sacrificio; era necesaria una satisfacción digna de Dios y era menester que Dios la luciera; una venganza digna de Dios, y que fuera también Dios quien la hiciera”⁵. Continúa Bossuet su descripción dramática del evento: “Figuraos, pues, cristianos, que todo cuanto habéis escuchado no es más que un débil preparativo: era menester que el gran golpe del sacrificio de Jesucristo, que derriba a esta víctima pública a los pies de la justicia divina, cayera sobre la cruz y procediera de una fuerza mayor que la de las criaturas”⁶.

Según Bernard Sesboüé, a la base de este tipo de explicaciones sacrificiales de la muerte de Cristo ha operado el mecanismo psicológico de la compensación⁷. Es muy propio de los seres humanos pensar que, dado un mal, debe haber un castigo o una reparación equivalente al mal hecho. En las ideas teológicas de la expiación, de la satisfacción y del sacrificio suele anidar esta idea de la compensación, llevando a olvidar que Dios es amor y que la verdad más profunda de la cruz es el amor gratuito del Hijo de Dios por los seres humanos.

¿Por qué la idea de una sustitución vicaria y penal de Cristo pudiera ser negativa o nefasta para las víctimas? Por de pronto, una noción de Dios justiciero y violento difícilmente puede ayudar a las víctimas de agresiones injustas. ¿Cómo pudieran creer ellas, personas traumadas por los abusos, que un Dios así las liberará de sus males? Tal vez alguna llegue a esperar que un Dios castigador se venga contra sus abusadores. Pero, también es posible algo aún más terrible: que la víctima llegue a pensar que por alguna razón merece lo que sufre. Una espiritualidad que radique en una cristología masoquista conducirá a las personas a identificarse con el Cristo que sufrió porque Dios lo quiso así y no como consecuencia del drama histórico del advenimiento del reino de Dios a los pequeños y a los últimos. Aún más dañino sería que las víctimas llegaran a confundir el bien y el mal y pensar, por ejemplo, que no son inocentes sino culpables, que sus victimarios han hecho lo que corresponde y que ellas, calladamente, deben aceptar la maldición que se les impone.

Desde un ángulo diametralmente opuesto, pensamos que el dolor de las víctimas acusa nada menos que a Dios mismo. Dios, si es amor infinito, no puede ser indiferente ante el sufrimiento inocente. Por tanto, dado que muchos inocentes sufren y mueren sin que Dios haga nada por liberarlos de sus males, su mera existencia finita y degradada es una lanza contra Él.

Dios salva por medio de las víctimas

¿Qué puede decirse de un Dios que deja morir a su hijo en una cruz? ¿Necesita este Dios una religión que le organice sacrificios humanos para conceder favores a otros hijos suyos? ¿Para hacer llover o para perdonar los pecados? El cristianismo juega con fuego las veces que articula discursos sobre los sacrificios, las víctimas, los holocaustos y la sangre. Pero, desde que Jesús murió crucificado, no puede no decir algo al respecto. Si la teología no ofrece ninguna explicación para la cruz, deja a las víctimas en la indefensión. Otros o ellas mismas, podrían ver algo supuestamente bueno en que se las haga sufrir como Dios dejó sufrir a Jesús. Algún bien habrá en esto, podrían decir. Si, por otro lado, se ofrece una explicación exhaustiva puede justificarse lo que no tiene justificación alguna. La cruz nunca debiera dejar de ser una acusación grave de las víctimas contra Dios.

El grito de Jesús en la cruz, “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34), no debiera ser acallado nunca. La tradición cristiana, por esto, tiene que avanzar con sumo cuidado con las explicaciones teológicas: los cristianos debieran poder siempre levantar la cruz como protesta contra el sufrimiento injusto. Ella es símbolo de la reconciliación entre víctimas y victimarios las veces que esta protesta es acogida, cuando se pide el perdón y se lo da, pero no antes. Vale aquí la referencia a otro *tweet*: “Quiero justicia por las 150.000 víctimas en el mundo. No teología ni Jesús en la cruz” (13 de marzo, 2019). Mientras no haya justicia, la invocación prematura del triunfo de la cruz insulta y es banal.

En mi opinión una explicación del abandono de Jesús por su Padre debe tener en cuenta dos asuntos. Primero, que Jesús pudo ir hasta las últimas consecuencias porque su Padre no se lo impidió. No pudo hacerlo sin frustrar la posible participación libre y digna del mismo ser humano en su propia redención. Segundo, que la resurrección de Jesús fue el acto de justicia de parte de Dios. El resucitado es, según el libro del Apocalipsis, el “Cordero degollado” que, inocente, representa a todas las víctimas y es también su liberador (Ap. 5, 12).

Hemos visto que la cruz fue querida por los asesinos de Jesús, que fue querida por él mismo como consecuencia inevitable de su coherencia y ahora nos enfocamos en el dato teológico más duro: Dios también la quiso, indirectamente, ya que nada hizo por evitarla.

Dios ¿impotente?

Resulta desgarrador pensar que Jesús gritó a su Padre por haberlo abandonado y que el Padre no hiciera nada para librarlo de la cruz. Pero ¿pudo evitarla? ¿Pudo suspender el evento como se hace en las teleseries e intentar otro final? No pudo. Esto es difícil de entender. Si Dios es todopoderoso, ¿no pudo interrumpir el curso de los acontecimientos e impedir que los romanos lo torturaran y lo mataran? ¿Tuvo Dios las manos atadas que no lo impidió? ¿O es que Dios, por ser Dios, hace lo que se le da la gana?

Sucede que el Dios de Jesús es de otro modo. Su manera de ser Dios es la que terminó por revelarse con el misterio Pascual y solo se nos revelará por completo en el reino de los cielos. Dios no pudo evitar la muerte de Jesús porque su modo de ser Dios se lo impedía. Como respuesta a la pregunta, ha de decirse que el Padre, al retraerse en el momento de la crucifixión de su Hijo, al no meter mano en los acontecimientos para arreglarlos a su amaño, hizo que toda la gesta de Jesús por el reino fuera verdaderamente humana, libre y meritoria. La cruz de esta víctima tiene una historia que debe ser recuperada, porque solo naciendo como los

seres humanos, aprendiendo, riendo, llorando y siendo traicionado como ellos suelen serlo, Dios puede realmente entender la vida humana por dentro y salvarla sin paternalismo.

Es así como la recuperación de la historia de Jesús justifica y motiva el recuerdo de la historia de las víctimas. La Iglesia que escribió los evangelios para recordar el sentido de la cruz, debe hoy esforzarse en ayudar a las víctimas a hablar acerca de sus vidas y de los abusos padecidos. Las víctimas tienen algo que se les hace muy difícil de contar, algo tremendo, que sus victimarios no quieren que se sepa. Contar la historia los desenmascararía dejando de ser los supuestamente inocentes. Se convertirían en los verdaderos culpables. Esta posibilidad les mueve a borrar huellas, a negar el pasado o a culpabilizar a las víctimas por cualquier motivo. Muchos, en connivencia con los perpetradores, no queriendo meterse en problemas dirían de los abusados, como se repetía de los perseguidos por el gobierno militar en Chile, algo habrán hecho.

Las víctimas necesitan que se crea en su relato porque su olvido exaspera su desgracia. Ellas quieren que se les crea. Pero les es riesgoso pedirlo porque la opinión pública puede castigarlas. Las víctimas, que deben poder pedir verdad y justicia en público, tendrían que exponerse una vez más al poder abusivo de los mismos que las silenciaron y que en la actualidad preferirían borrarlas para siempre, pues nada es más amenazante para los abusadores que la *memoria passionis*, a saber, los relatos que las víctimas comienzan a articular con lo que les quedó de vida. Sería lamentable, por el contrario, que la Iglesia anuncie la salvación de los pecados, pero no la salvación de la historia de Jesús y la de con quienes Jesús es solidario en el presente.

Debe entenderse también que la resurrección es un acto de justicia de parte de Dios con Jesús, ajusticiado injustamente, es el triunfo de la vida sobre la muerte. Pero es la resurrección de este galileo concreto. La encarnación de aquel que termina siendo resucitado por Dios, no es la de un ser humano indeterminado. Nuevamente hay que decir que recuperar la historia del ser humano resucitado es fundamental. La resurrección es un acto de justicia con Jesús. El Padre lo resucita por la misma razón por la cual Jesús

vivió y por la que lo mataron: predicó el reino a los pobres. Como a muchas víctimas, no se le creyó. Como también ocurre con ellas, a Jesús se lo culpabilizó para eliminarlo. Hubo de encontrarse cualquier razón para matarlo: “Blasfemo” (cf. Mt 26, 65), se dijo de él, no de uno cualquiera, para acallararlo.

Dios se encarnó en Jesús. Jesús es fundamental para entender qué se entiende por Hijo de Dios y por Cristo. Por esto mismo, en la resurrección incluso podría decirse que Jesús “salva” a Dios. Hasta cierto punto se entiende que el Padre no haya intervenido en la historia de Jesús para no impedir que, como todo ser humano, él hiciera un camino libre y tortuoso. Pero, de no haberlo resucitado, sabiendo lo que Jesús enseñó y por qué lo acusaron, el Padre habría quedado como culpable. Por cierto, muchas personas mueren clamando auxilio a Dios sin que Dios haga nada por consolarlas y salvarlas. Este dato debiera siempre recordarnos que Dios necesita —en cierto sentido— ser salvado. A partir de la resurrección, sin embargo, las víctimas tienen en el cristianismo un ofrecimiento de esperanza. Puede ser que ellas mismas mueran sin que Dios interrumpa el curso de la historia, sin que impida sus sufrimientos y sin poner a sus verdugos en el lugar que les corresponde. Pero tendrán la esperanza de que algún día todo salga a la luz, que se haga justicia y se compruebe que ellas tenían la razón y no quienes las descalificaron, calumniaron o ningunearon.

Las víctimas, en virtud de su fe en la resurrección, ahora pueden caminar con la cabeza en alto y sacar fuerzas para vivir en un registro distinto del de los abusadores. Si la liturgia nos mueve a veces a pensar en un animal ofrecido en sacrificio, ha de tenerse presente que Jesús, la víctima, no es un simple ser humano que al ser resucitado vence a la muerte y a sus victimarios con su mansedumbre. Su triunfo es esperanza para todas las víctimas. Jesús alcanzó el triunfo de la resurrección porque antes fue víctima de hechos que nunca debieron ocurrir. En su condición de vulnerable y de víctima, solidario con los que sufren siendo inocentes, radica su autoridad. El cordero del Apocalipsis es el Jesús vulnerable que, de pie al lado del Padre, con la marca de su pasión en el cuello, abre el libro en el que se revela el sentido de la historia a aquellas personas que vivieron

y padecieron sin saber por qué (Ap 5, 1-4). Él es inocente; ellas también. La historia tiene sentido. El amor y la compasión con la humanidad sufrida y olvidada tienen la última palabra.

LAS VÍCTIMAS COMO *LOCUS THEOLOGICUS*

Hasta aquí hemos visto cómo se entiende que Cristo sea una víctima. Ahora veremos cuál es la importancia teológica que tienen todas las víctimas.

De lo anterior podemos concluir que, si la liturgia, por ejemplo, dijera algo más de la historia de Cristo cuyo sacrificio ella agradece en la eucaristía, conectando indisoluble y explícitamente la pasión del Hijo con el asesinato de Jesús, sería más fácil para los cristianos reconocer el valor teológico de la vulnerabilidad del ser humano y de las víctimas, y actuar en consecuencia. El caso es que en el cristianismo la relación de las personas abusadas, de las mujeres vejadas, de los hombres torturados, de las razas despreciadas, de los trabajadores explotados y de los que han sido dejados de lado sin posibilidad de trabajar con el Cristo humillado y sediento de justicia, debiera ser decisiva. Jesús se sacrificó a sí mismo por amor a aquellos que son sacrificados por los demás.

Las víctimas, en virtud de la víctima Jesús, tienen un valor teológico doble: por una parte, revelan quién es Dios y cómo salva y, por otra, cierran el camino a formas de espiritualidad inauténticas (individualistas, intimistas o masoquistas), a la vez que abren a un seguimiento de Cristo solidario con los abusados, silenciados y olvidados.

Las víctimas pueden revelar a un Dios liberador

Las víctimas son para los cristianos un *locus theologicus*, es decir, un lugar teológico: en ellas se encuentra a Cristo vulnerable-vulnerado

como principio de conocimiento de Dios. Él, al liberarlas, puede revelar a Dios como liberador. Al igual que en Cristo, también en ellas puede realizarse el misterio pascual. Ellas son sacramentos de Cristo: todos los seres humanos pueden llegar a ser Cristo unos para otros que, como el cordero inocente, merecen que se recuerde su historia, su verdad y su justicia como condición de perdón y de reconciliación entre ellos. Eso que la Iglesia llama salvación, es ya una realidad en el mundo. Esta salvación se actualiza toda vez que las personas vulnerables-vulneradas son reparadas⁸.

Este misterio no se cumple automáticamente. Las víctimas no revelan a Dios por el mero hecho de haber sido vulneradas. Ellas pueden perfectamente no creer que Dios sea bueno, no creer que el Padre haya hecho justicia a Jesús resucitándolo de la muerte ni que, dicho en términos seculares, algún día habrá justicia en el mundo. Esta increencia es muy legítima e incluso, bajo cierto aspecto, sana. Ella ancla la creencia en Dios liberador en la libertad que pueden llegar a tener los seres humanos para decir a su Creador “no creo que seas un Dios de amor”, “no me consta que me ames”; y, a los teólogos, “no me hablen de la cruz de Jesús”. Si las víctimas no experimentan a Dios como liberador abren en los seres humanos la noble posibilidad de no creer en Él y, a lo más, solidarizar con el Jesús que pudo morir desilusionado de su Padre o desesperado. Si las víctimas no encuentran en Dios un auxilio y un defensor, pueden llegar a pensar con toda razón que Él mismo es un abusador, un cómplice o un encubridor. Solo las víctimas que experimentan al Dios compasivo en quien creen los cristianos, revelan que Él es un Dios digno de fe. Lo dice una de las víctimas en uno de los tweets a los que he aludido: “Los sobrevivientes de abuso, tortura o maltrato somos mujeres y hombres al estilo de Jesús herido, muerto y resucitado” (12 de marzo, 2019).

Nadie tiene más autoridad para hablar del resucitado que las personas que han hecho esta experiencia. Esta debió ser la experiencia de la generación de los primeros cristianos que se anunciaban unos a otros: “Dios resucitó a Jesús de entre los muertos” (Mt 27, 64), generación que escribió los evangelios para recordar lo que había ocurrido con Jesús, pues de lo contrario creer en

Cristo habría podido terminar por sacralizar a las víctimas, esto es, proclamar santo su sacrificio para exculpar a sus verdugos. Tras este *tweet* hay otra testigo de Dios: “Mi fe intacta por cinco años me hizo creer que si realmente juraba por [el] Espíritu Santo era porque decía la verdad: No, abusaba de mí, de mi hermana y dejó embarazada a una joven del grupo juvenil de la parroquia. No me robó la fe, ¡yo abrí mi vida a una vida de verdad!” (13 de marzo, 2019). Estas palabras merecen el mayor de los respetos. Ninguna explicación teológica puede ir más lejos que una declaración creyente de este tipo. Ella constituye el rudimento de la fe a partir del cual el cristianismo siempre debiera recomenzar. Ella actualiza la realidad del Cristo resucitado de pie junto al Padre que derrota a sus enemigos con su inocencia; ella es el cordero que lleva una marca en su cuello como recuerdo de una historia que nunca debe olvidarse (Ap 5, 6).

En todos los casos debe admitirse la posibilidad de que las víctimas no lleguen a experimentar al resucitado. Y, sin embargo, los demás también pueden legítimamente esperar que esta gracia algún día les sea concedida. La solidaridad humana impide que unos se desentiendan de la mayor realización posible de los demás. Oír el relato de las personas abusadas no debiera apagar en los oyentes su anhelo de amarlas y recuperarlas. Si los cristianos creen que la redención es participación en el misterio pascual de Cristo, han de tratar a las víctimas como sujetos capaces de resucitar, de ser sanados y, a su vez, de asumir la necesidad de redención de sus abusadores. Las víctimas merecen ser tratadas como personas capaces de perdonar. Su propia dignidad demanda este trato. Tal vez ellas mueran en la rabia. Los demás, empero, han de reconocer que la dignidad de las víctimas es trascendente. Ellas no merecen que alguien dé por cerradas sus vidas antes de tiempo.

Esto no quiere decir que haya que aceptar que las víctimas saquen provecho de su condición de tales. No por ser víctimas tienen la razón bajo cualquiera de los aspectos. Nada debiera eximir las de pensar, argumentar y reelaborar fatigosamente la convivencia social. Las víctimas son personas. Ser persona, en cuanto a esto respecta, requiere que todos se consideren seres dignos de perdonar

y ser perdonados. Las víctimas son personas en relación con otras personas, y viceversa. Nadie puede forzarlas a interrelacionarse con sus abusadores ni con nadie. Pero no pueden impedir, si Dios no desespera del ser humano, que los demás esperen de ellas algo más. Estos pueden legítimamente desear que la víctima decida no ser víctima. Pues cabe la triste posibilidad de no llegar a ser más que víctima, y esta posibilidad no es deseable.

Las víctimas corrigen el camino de las espiritualidades

En la Iglesia ha podido haber un estrecho vínculo entre la liturgia y la piedad. Entre ambas podemos imaginar que existe una conexión subterránea. La relación entre la liturgia que puede olvidar la historia de Jesús, centrándose en su pasión salvadora y las espiritualidades intimistas que sobrevaloran la consagración eucarística y la hostia en alto, es preocupante.

Así como a las plegarias eucarísticas que insisten en la importancia del sacrificio de Cristo les vendría bien una actualización en el conocimiento del Jesús de la historia, estas espiritualidades también se enriquecerían si se entendieran ellas mismas como seguimiento de Cristo. Lo que hasta ahora ha podido parecer el *non plus ultra* de la piedad cristiana, la mística del altar puede constituir, bajo la óptica de las víctimas, la máxima traición al advenimiento del reino que Jesús anunció a ellas antes que a los asiduos al Templo. El cristiano, para ser tal, tendría que entender que si su salvación no es la nuestra o la de todos los demás, la suya es una ilusión producida por la irreductible tentación de negar la historia que compartimos y disputamos con los demás y a lo largo del tiempo.

¿Por qué los cristianos, discípulos y discípulas de Jesús, hemos sido tan poco sensibles a las víctimas? Más aún ¿por qué hemos contribuido a la generación de un mundo de víctimas, silenciadas y olvidadas? ¿En qué momento sucedió que la religión, originalmente de los perdedores, se convirtió en la de los ganadores? Son demasiadas preguntas, más de las que corresponde responder aquí.

Pero debe recordarse que, al ser absorbida la Iglesia por Constantino en el siglo IV, los cristianos dejaron de ser martirizados. No fueron más perseguidos y humillados por los emperadores ni debieron nunca más esconderse en las catacumbas. Poco después, con Teodosio, el cristianismo revigorizó al Imperio con el triunfo de Cristo. Y, lamentablemente, la nueva religión, considerada a sí misma como la verdadera, propició la aniquilación del paganismo⁹. En la medida en que los cristianos accedieron al poder, ellos los perseguidos, se convirtieron en perseguidores. Desde entonces, en muchas áreas del planeta, hemos tenido un cristianismo de cristiandad que, de modos diversos, también crucifica seres humanos.

En el mismo siglo IV, y en reacción a esta deriva política y triunfalista de la religión imperial, se desencadenó en el cristianismo una *fuga mundi*, un apartarse del mundo¹⁰. Cristianos excepcionales, eremitas, anacoretas, monjes, quisieron reproducir en el desierto la suerte de las víctimas de los tres primeros siglos, pero ahora como mártires de persecuciones interiores del demonio. Las corrientes de espiritualidad vigentes hasta el día de hoy, las espiritualidades benedictinas, franciscanas, dominicas, jesuitas, las de las innumerables familias de vida religiosa femeninas, echan raíces, unas más, otras menos, en esta historia de confrontación monástica con el mundo. Miles, millones de cristianos, inspirados en estas espiritualidades, se han ocupado de curar a las víctimas de los más increíbles abusos. Pero ¿cuántos de estos han querido atacar el fuego en la base? ¿Cuántos han dado la batalla política por erradicar las causas de los abusos? Un mundo sin víctimas es una utopía. Pero los cristianos han podido correr más riesgos para que nunca más un ser humano llegue a la tumba sin que nadie les haya hecho justicia.

Una recompreñión del cristianismo debiera traducirse en correcciones en las espiritualidades intimistas, atemporales, alienantes y masoquistas, y abrirse a experiencias de fe que asuman el penar de las víctimas individualmente consideradas o como colectividades atropelladas, silenciadas, intimidadas; culpabilizadas siendo inocentes y pisoteadas para pisotearlas. Una espiritualidad solidaria con las víctimas tendría que ser una espiritualidad valiente,

martirial. Sus sujetos tendrían que ser las mismas víctimas liberadas de la prepotencia de sus abusadores, y sus hermanos y hermanas cristianos sensibles a su realidad y dispuestos a sumarse a su lucha. Una espiritualidad así tendría que ayudar a integrar a la comunidad a los marginados o auto marginados. La misma comunidad los necesita.

La lucha cristiana de las víctimas y por las víctimas tendría que permear la espiritualidad cristiana en general. La salvación viene del cordero que, con su inocencia, desafió al Imperio romano. La salvación viene de las víctimas, no porque estas sean mejores que los demás, sino porque ellas son las primeras en experimentar la compasión de Dios. Solo un seguimiento de Cristo solidario con ellas redimirá a la Iglesia de su cobardía, de su alienación y de su complicidad con los que han invertido el significado de la cruz.

CONCLUSIONES

Al terminar, presento algunas ideas conclusivas para continuar reflexionando en un tema que nunca debiera darse por pensado.

En primer lugar, el cristianismo tiene muchas deudas con las víctimas. El lenguaje religioso ha abusado de los términos sacrificio, holocausto, ofrenda, expiación, redención, sangre, culpa, perdón y reconciliación. Lo ha hecho cada vez que lo ha aplicado en favor del rescate de los pecadores sin tener en cuenta a las personas que han sufrido a causa de estos. La Iglesia a veces parece haber invertido el significado de la cruz. En ella se acentúa que Cristo, la víctima por excelencia, redime el pecado del mundo, pero olvida que Jesús es el representante de todas aquellas personas que fueron atropelladas sin que sus historias llegaran a ser conocidas, muchas de las cuales, por lo mismo, murieron como culpables siendo inocentes.

Por otra parte, desde el momento en que el cristianismo se convirtió en una religión poderosa, legitimadora del poder político

e ideológicamente conveniente a los señores de este mundo, bien parece que los cristianos se han vuelto cobardes para defender a las víctimas. Esta hipótesis tendría que ser probada. Pero no está de más recordar que la Iglesia solo ha respondido al reclamo de verdad y de justicia de las víctimas de abusos sexuales y de conciencia del clero gracias a la presión social mediada por la prensa y las redes sociales. Esta respuesta, cuando efectivamente la ha habido, ha sido lenta y forzada.

En segundo lugar, las víctimas tienen una doble capacidad de salvarnos. Primero, porque de ellas proviene la experiencia originaria de la salvación. Cristo resucitado es principio de rehabilitación de todas las víctimas de la injusticia. Estas, en la medida que hicieron una experiencia pascual de Dios, fundaron la Iglesia y anunciaron que Dios es liberador, no indiferente ante el sufrimiento humano. Esta experiencia empalma directamente con la predicación de las bienaventuranzas de Jesús. La predicación de la salvación como perdón de la humanidad pecadora es falaz si se aplica a cristianos individuales insolidarios de la suerte de víctimas inocentes como fue Jesús. Los mártires son los testigos por excelencia del cristianismo.

También la experiencia de las víctimas que no llegan a creer en Dios liberador, que no logran perdonar y que no esperan que haya algún día justicia en el mundo, es fundamental. Su reclamo contra Dios o contra la vida es legítimo y, en cierto sentido, necesario. Nadie merece lo que sufre y menos alguien que ha sido despojado de su dignidad. Ninguna explicación teológica debiera morigerar el grito de los seres humanos que no creen en un resucitado y a quienes Jesús no les dice nada. Él mismo, que murió gritando a su Padre, puede ser el representante de tanta gente que piensa que su vida no ha tenido sentido. Si los cristianos no llegan de alguna manera a hacer suya esta experiencia, su cristianismo no tendrá ancla en la vida de la humanidad a su nivel más profundo.

Por último, la dignidad de las víctimas debiera constituir un principio clave de su reparación, respetarla exige esperar que esta reparación acontezca, pero también que ella no pueda forzarse. La condición de víctimas puede corromperlas. No por haber alguien

sufrido un abuso debiera poder reclamar cualquier cosa de los demás. Este es, precisamente, un efecto posible, entre otros, de la vulneración y el abuso. La propia dignidad, empero, es aquello que nadie debiera declinar. Si las mismas víctimas renuncian a ella, nadie tiene derecho a impedirselo ni a juzgarlas por ello.

Esto no autoriza, sin embargo, a quienes no han sido víctimas para desentenderse del prójimo que no puede perdonar ni quiere reconciliarse. Tratar a las víctimas con respeto exige no desesperar de la posibilidad de que su corazón se libere del trauma de las agresiones sufridas. El trato que las víctimas merecen demanda considerarlas personas que pueden más de sí mismas, aun cuando en la práctica no puedan dar más ni lo quieran. Ellas merecen que se confíe incondicionalmente en su dignidad y en su libertad. Necesitan fe, necesitan volver a creer. Solo podrán hacerlo si se cree en ellas.

Notas:

- ¹ El análisis de la Plegaria Eucarística III es un buen ejemplo de este yerro teológico. Ver en <http://www.curas.com.ar/Misal3/Plegarias3/Plegaria3.htm>. Lo mismo puede decirse de otros textos litúrgicos que incurrir en el sacrificialismo, por ejemplo, el prefacio de Pascua V y el misal tridentino de Pío V.
- ² Cfr. René Girard, *El chivo expiatorio*, Anagrama, 2002; José María Mardones, “Religión, cultura y violencia: la teoría mimética de R. Girard”, en *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento*, núm. 213, 2007, pp. 57-69.
- ³ Cf. Bernard Sesboué, “Redención y salvación en Jesucristo”, en *Salvador del mundo. Historia y actualidad de Jesucristo. Cristología fundamental*, Secretariado Trinitario, 1997, pp. 113-132.
- ⁴ Walter Kasper, *Jesús, el Cristo*, Sígueme, 2006, p. 354 y ss.
- ⁵ Bernard Sesboué, *Jesucristo, el único mediador*, vol. I, Secretariado Trinitario, 1988, p. 82.
- ⁶ En Sesboué, *Jesucristo, el único mediador*, p. 83.
- ⁷ Sesboué, “Redención y salvación en Jesucristo”, pp. 117-118.
- ⁸ Cfr. Carolina Montero, *Vulnerabilidad, reconocimiento y reparación. Praxis cristiana y plenitud humana*, Universidad Alberto Hurtado, 2012, pp. 235-242.
- ⁹ Hubert Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, vol. II, Herder, 1980, pp. 286-287.
- ¹⁰ Cfr. H. Honings, “Fuga”, en *Diccionario de espiritualidad*, Barcelona, Editorial Herder, 1983, p. 155-156; J. Leclercq, “Mondo”, en *Dizionario degli istituti di perfezione*, vol. VI, Paoline, 1974, pp. 53-67.